Unico depósito inflamable. JUEVES 21 DE MARZO DE 1872 Esplosion 8

3 PTAS 10 MILS MADRID

EL TRUENO GORDO.

PERIÓDICO DE PÓLVORA Y PETRÓLEO.

El Trueno Gordo se publicará por lo menos cuatro veces al mes, siempre que algun suceso estraordinario lo reclame.
El pago se hace en libranzas á nombre del Administrador de El Trueno Gordo, calle de San Márcos, núm. 44, bajo.

Precios de suscricion.—En provincias, trimestre, 4 rs.—En el estranjero, trimestre, 10 rs.
Se remiten paquetes á los señores corresponsales, á 4 rs. cada 25 ejemplares.

¡VIVA LA LIBERTAD!

—

Convengamos, lector amigo, en que á palabra *libertad* no le ha dado nadie todavía su verdadera significacion.

Y como tiene tantas, como cada *quisque* le da la que mejor se ajusta á sus propósitos, se sigue de aquí precisamente, que la palabra libertad está sin definir, no obstante de ser la cosa mas traida y mas llevada, mas manoseada, mas estirada y estringida, mas proclamada, mas endiosada, mas pisoteada, mas violada y mas corregida y aumentada, que puede hallarse en este mundo.

Para un rey constitucional la libertad significa la potestad que en él reside para autorizar los desaciertos que cometan sus ministros.

Para los ministros, la facultad de asociar á la corona en sus errores y en sus cábalas, sin embargo de haberla préviamente declarado irresponsable. Esto en el terreno legal, que en el moral, lo mismo alcanza la culpa al que propone y practica una accion mala, que al que con su consentimiento se hace cómplice de ello.

Para un empleado de los del dia, la libertad significa el perfecto derecho que tiene á la cobranza de la nómina, aunque no sepa firmarla.

Para un periodista, la libertad consiste en poder dirigir insultos y diatrivas al gobierno, sin tomarse el trabajo de justificar sus cargos ni razonar sus aseveraciones.

Cree un político de profesion, y si no lo cree, por lo menos lo aparenta, que no puede existir la libertad, mientras que él y los suyos no ocupen el poder.

Imagina el soldado á quien seducen para entrar en una conspiracion, que la libertad es el derecho á su absoluto licenciamiento, ó á una considerable rebaja de tiempo en su servicio.

Juzga el cabo que la libertad es la opcion que á ser sargento le proporciona el perjurio á su bandera.

El sargento, el alférez, el teniente, el capitan, y así en escala progresiva, son ya mucho mas liberales que el soldado; y no opinan como él que la libertad escribe en ascender al puesto inmediato á su anterior categoría. Ya las revoluciones modernas enseñaron que de alférez se puede pasar á general. Las contrarevoluciones manifestarán acaso que, adorno por adorno, distintivo por distintivo, lo mismo condecora una faja que un grillete.

Para los pueblos que en cada revolucionario ven un libertador y un redentor, la libertad se cifra en el derecho de gritar, y en la abolicion de ciertos impuestos que le son odiosos. Creen los infelices... ¡pues no han de creerlo, si así se lo dicen terminantemente sus *desinteresados* protectores!... Creen que, cuando suban al poder, se sacrificarán por ellos. Y en efecto, para estos redentores de la oprimida humanidad, lo primero es abrazarse al símbolo de la humana redencion, y cada uno carga con su cruz; solo que no se dirigen hácia el Gólgotha: equivócan el camino, y marchan hácia el presupuesto; que siempre son las revoluciones un Calvario, y siempre el pueblo hace en ellas el papel de redentor... Y siguen los pueblos agoviados bajo el peso de sus antiguas cargas, y se alivian sus *libertadores* de las suyas, habiendo quien paga en dos meses todas las deudas que contrajo en cinco años; y siguen exigiéndose las quintas, esa bárbara contribucion de sangre que tanto horrorizaba, y se restablecen los consumos. ¡Medrados están los pueblos con los redentores que les salen!

. . . . . .

Comprendemos que de la libertad se forjen ideas tan absurdas como las que acabamos de esponer; vemos justificado el modo de juzgar de los reyes constitucionales, de los ministros, de los empleados, de los políticos, de los militares y de los pueblos; lo que nos llena de la mas estupenda admiracion es el juicio que de la libertad se forma el simple miliciano nacional, ó el miliciano nacional simple, que el órden en la colocacion de los factores no altera los productos.

Juzga el *simple miliciano nacional* que la libertad consiste en el ilegislable derecho de echarse á cuestas un fusil y pasearlo. Esto es lo único que saca de las revoluciones, y por esto solo espone muchas veces su vida y su fortuna...

¡Ah, simple miliciano nacional!

Al verte amar con ese amor tan entrañable á tu fusil, símbolo de la fuerza bruta que es tu norma; al contemplarte con ese uniforme tan bonito con que periódicamente te disfrazas de héroe; al considerar que en la comedia liberal eres el comparsa que trabaja sin retribucion alguna, y á trueque solo de que te dejen entrar en el teatro, contribuyendo así, aunque *inconscientemente*, á las grandes ganancias de la empresa, nos dan ganas de prorrumpir en la consabida esclamacion de ¡viva la libertad! que tantos placeres y tan útiles enseñanzas nos proporciona.

¡¡¡BALSAMATTO!!!

—

Conociamos nosotros, tiempo atrás, un pobre hombre italiano que habia sido soldado en el ejército que operó en Lombardía, y habia asistido de granadero luego mas tarde á la *victoria* de Custozza.

Nuestro italiano se las echaba de muy bravo y muy resuelto, y un si es ó no es gorron y testarudo. Hablaba muy poco en español y cuando lo intentaba, soltaba cada disparate guiñando su único ojo, pues era tuerto, que hacia desternillar de risa! Sus bravatas eran muchas y no era menos su desfachatez para comer y vivir de gorra.

Un dia se metió en la casa de *Tócame Roque* y se convidó á sí mismo, solo porque cuatro perdidos se fingian amigos de la dueña, le invitaron á entrar.

Fué desde aquel dia aumentando de tal modo su frescura, que sin querer abandonar ya la breva ni la casa, se la echaba de mata-siete con todo el que le indicaba que aquella no era la suya y que procurara desalojarla cuanto antes.

A las indicaciones, á los ruegos, á las amenazas, contestaba siempre:

«—¡Io salir de aquí! ¡Balsamatto! ¡Balsamatto!»

Con lo que queria decir que ni á tres tirones le sacaban, y que solo muerto saldria de aquella *hospitalaria* mansion de Manguela.

Cansados ya de sufrirle por la buena, los hijos de la dueña de la casa, que eran cuatro, se concertaron para valerse

de una treta, con objeto de conseguir que se guillara.

Quitáronse sus cuatro pares de botas y los pusieron encima de la mesa del cuarto donde dormia el antiguo granadero lombardo, con un gran letrero que decia:

«O te marchas mañana viento en popa, ó te las clavamos en cierta parte de tu individuo y te embalsamamos de veras.»

No fué menester mas.

El italiano, que habia de salir *embalsamado*, segun él decia, tuvo que saltar aquella noche por la ventana, no encontrando puerta abierta para salir.

El que no cedió ante las palabras, se vió obligado á ceder á la perspectiva de cuatro pares de botas aplicadas vigorosamente á donde le anunciaban de antemano.

El ex-granadero hubo de decir para su capote, como Corentino en *Dinorha*:

—*Ecco qu'il argumento é convincente.*

Despues de esto ya no volvimos á saber mas de aquel pobre hombre.

ESDRÚJULOS LINFÁTICOS.

—

Esta composicion fué hecha en tiempo de la guerra de sucesion, y cuando el archiduque de Austria creia vencer.

Salten del cráneo las vértebras,
como dijera un frenólogo,
buscando para mi cítara
un argumento estrambótico
en el retumbante esdrújulo,
metro difícil é insólito,
que á mi carácter maniático
hoy le place este monódigo.
. . . . . .
. . . . . .
Mas ya encontré asunto célebre
en cierto **títere** exótico,
que sin tener otros méritos
que un fuerte dolor de estómago,
por sobra de **pasta** insípida,
bocado endeble y monótono,
y falta del Jerez clásico
con trozos de jamon sólido,
ni otros relevantes títulos,
segun nos cuentan los crónicos (1),
que volver la cara pálida
á los austriacos indómitos,
se ha venido á la Península,
sin darle miedo el petróleo,
con un empleo magnífico
y una nómina de órdago,
do figura un sueldo bárbaro,
por el trabajo periódico
de montar caballos árabes
y pasear **coram pópulo**;
de dar convites opíparos
y conciertos filarmónicos;
de visitar diplomáticos,
segun previenen los códigos;
de **recibir** en pié **súbito**
cortos instantes á un prójimo;
de marchar en coche á la Opera,
al Circo ó al teatro cómico,
y despues de cena espléndida,
irse á la calle de incógnito
para ensanchar el espíritu
en los círculos eróticos;
de echar un párrafo el sábado
con los farsantes sardónicos,
valiéndose de un intérprete,
á quien le da un sueldo módico,
y cuando mas, como epílogo,
decir en **gringo** un monólogo,
ó leer alguna epístola,
como un loro de los trópicos.
¿Y es justo que los ibéricos,
que mandaron al sarcófago
á las imperiales águilas,
entreguen los frutos ópimos
de su suelo fertilísimo
y sus argentinos óbolos
á ese gandul, á ese zángano,
nacido en país recóndito,
para que los gaste en néctares,
en **belenes** episódicos,
y en mantener á parásitos
y sanguijuelas estólidos
(que yo no sé, entre paréntesis,
cómo no mueren de un cólico),
para que en su lira estúpida
le entonen versos armónicos?
No; y al verlos tan apáticos,
sin hacer una de **pópulo**,
digo que se han vuelto **cháchara**,
aquellos rasgos heróicos.

CRÍSPULO.

(1) Que no siempre han de ser crónicas

ACTO TERCERO.

—

El golpe de efecto.

ESCENA ÚLTIMA DEL GRAN DRAMA DE ESPECTÁCULO... «ME ASEGURO EN EL PODER.»

—Las cosas van mal.

—Es una fatalidad que el poder no sea tan dulce como dan en decir.

—A ver, fulano, leáme V. lo que dicen de mí los periódicos, consultaremos y tomaremos el pulso á la opinion pública por medio de la prensa. *Vox populi, vox prensæ*.—(El gran calamar arrellanado en su butaca, lanza una carcajada que hace estremecer cierta cosa erizada y flotante sobre su frente.)

—Empecemos por los amigos de vuestra escelencia.— «El Sr. Sagasta no es conservador. El Sr. Sagasta, mal que pese á sus contrarios, sabrá mantener el título I de la Constitucion y todas las libertades conquistadas en setiembre, porque no piensa renegar ni un momento del credo progresista...»

—Tá, tá, tá... ¿Sabe V. que mis amigos ó son muy zoquetes ó de intento se han empeñado en desacreditarme, ¡llamarme aún progresista! Es decir, lo mismo que tonto, memo... ¡Como si yo lo fuera!... Que me metan el dedo en la boca... ¡Bah! ¡Bah! deje V. eso... veamos otro.

El secretario leyendo:—«Al señor Presidente del Consejo le apellidan traidor, reaccionario»...

El gran calamar:—¡Já! ¡Já! ¡Já!.,

—«Le apellidan traidor, cuando él mas que nadie es el que constantemente se ha mantenido fiel á las tradiciones del gran partido progresista...»

—Estos hombres han perdido la chaveta. ¡El petate de H., que deseaba un gobierno civil, y no sabe siquiera defenderme hábilmente en su periódico! Ahora comprendo á ese infeliz Ulzurrum... y á ese bobalicon de Sanguineti... ¡Y despues me estrañaré que me ponga cico de perro mis compañeros union, y me den cada bufido que ble el credo! Si dan en continuar gresisteándome, me pierden. ¿Co cara de persona decente me voy sentar en Palacio? Deje V., deje V papeles... Pasemos á mis enemigos

--«La coalicion toma gigantesca porciones. Los trabajos de los pa honrados tienden á un mismo fi pronto el Gobierno de sombra qu envilece... (El secretario mira de re su superior, que está pálido co cera), caerá al abismo con todo lo sostiene.»

—¡Zape! (ex lama el gran cala saltando sobre el sillon). ¿Eso d ¡Habrá deslenguados!... A ver, qu suelten un par de amarillos... Pero, (prosigue, sentándose). Parece que dé lo que yo soy y lo que ellos vale

—Veamos otro.—«El tupé del Sr. gasta tiene mala sombra: envene seca todo cuanto vive junto á él. ¡P *bambino*!»

—¡Hombre! ¡ji!... ¡ji!... ¡qué grac A ese le ha dado por la risita y p guasa... Verá V. si tiene para guasc donde yo le envie. Ya probara cu mejor; si la sombra de mi tupé ó l Saladero. Siga V. con otro, Fulano.

—Este es satírico, señor.—«El h bre del tupé se muestra receloso. unionistas quieren jugarle una par serrana: pretenden cortárselo.»

—¿Eso dice?—(El gran calamar se ne de pié y arrebata el periódico de nos del secretario.)—A ver, á ver... es cierto... deslenguados.... cínicos burlarse de lo más sagrado que hay bre mi cabeza... ¡oh, esto es increi ¡Y luego dirán que es preciso hace vista gorda á los progresos del socia mo y andar con pipirijainas!... Sin güenzas... descarados... no contentos hablar mal de D. Amadeo, llegan h atentar á la inviolabilidad de mis ca llos.—(Su señoría se pasea agitado el gabinete).—Pero señor, ¿no po uno hacer lo que le dé la gana de su beza y formar trescientos mil tupés bre su frente, ó convertirla en melo en calabaza, ó en bomba de á treint seis que reviente y haga añicos todos s atrevidos habidos y por haber?... E es insufrible... estremadamente in frible.

(Se deja caer sudando sobre la but y acaricia con la mano el consab apéndice.)

—A ver, pase V. á otro. No sé si vo tener fuerzas para seguir oyendo.

—Este es otro.—«La coalicion va á mil maravillas. Dicen que ya no le q da bilis al señor Tupé.»

—Pero ¡hombre! esto es demasia ¿Que les habrá hecho mi pobre tupé p provocar sus iras?—¡Ah! (acercándos periódico) y hay una caricatura en figura él en primer línea... ¡y yo soy con esa punta! Fulano, es infame lo conmigo se está haciendo. No digo pero ni el mismo demonio que inve la Constitucion, sufriria este desenfre

Es preciso que esto acabe y acabará muy pronto. (Volviendo á pasear agitadamente) ¡Ah! si no fuera por ese título I del Código fundamental de que esos otros zoquetes se empeñan en hacerme campeon! Brrrr.... Pero ¿qué querrán esos atrevidos? ¿que tenga mi cabeza como la de Posada Herrera ú ocupada por cuatro pelos en guerrilla?... Audaces... ¡cuánta falta me hacen mis buenos pretorianos de la porra!

—¿Seguimos, señor?

—Siga V.

—Todos dicen lo mismo.—«El tupé... el señor tupé... el apéndice cabelludo... el tupé piramidal...»

—Basta, basta. ¡Mil truenos! Se han propuesto gastarme la paciencia... provocarme... herirme. Pues bien. (Con resolucion.) No lo conseguirán: yo lo aseguro. (Se detiene frente á un espejo.) Y si es preciso un sacrificio, lo haré gustoso. Sí; lo haré gustoso, con tal de robar su fundamento á la sátira de la coalicion... Deslenguados... cínicos... ¡Mil truenos!....

(Un chiquillo en la calle):—¡El Trueno Gordo! ¡El Trueno Gordo! con el artículo de maese Tupé y el gran Macarron...

—¡Eso más! Fulano, ¡un Trueno! necesito un Trueno Gordo. ¡Que vayan por uno!

—No se apure V. E., lo han traido ya antes. Aquí está.

—Venga. (El gran calamar lo arrebata de las manos del secretario, y lee con avidez el artículo, hasta que llega al final qae repite en voz alta.) «Y como *el gato escaldado huye del agua*, no tuvo otro remedio mas que largarse llevándose á arrastrones y cogido del *tupé* al gran alquimista.»

(El gran calamar se pone pálido como un cadáver, vuelve á mirarse al espejo, y grita manoteando:)

—¡Fulano... ¡un peluquero! pronto, ¡un peluquero!... ¡unas tijeras!... ¡corriendo!...

(Dos horas despues, el mundo civilizado sabe por telégrafo que el excelentísimo señor Presidente del Consejo de ministros en España, ha calmado el furor de las oposiciones, y ha asegurado el poder, la libertad y la dinastía, con un tijeretazo. El *gato naranjero* ya no tendrá donde cogerse.)

¡QUE TE VAYAS!

—

Ese lucero hermoso
de la mañana,
estrella matutina
de luz opaca;
ese astro misterioso,
ese, el del alba,
que te guia al «Oriente»
de madrugada,
cuando ojeroso tornas
de tus... veladas,
¿no sabes lo que dice?
¿No? «¡Que te vayas!»

—

La voz del centinela
que «¡alerta!» esclama;
el áura que murmura
por tu ventana;
las tiernas avecillas
que en ella cantan;
el clarin de tu escolta
que toca diana,
y el tambor del relevo
que bate marcha,
¿no sabes lo que dicen?
¿No? «¡Que te vayas!»

—

Esa luz misteriosa
que arde en tu estancia;
las nubes que se ciernen
sobre tu cama;
las eléctricas chispas
que al choque lanzan;
el trueno que retumba
por tu antesala,
y tantos elementos
que se amalgaman,
¿no sabes lo que dicen?
¿No? «¡Que te vayas!»

LO QUE PASA.

—

—¿Qué opina V. de la coalicion, amigo don Lúcas? ¿Se hará?

—¡Bah! Si ya es cosa hecha.

—¿Y qué opina V. que sucederá si triunfamos los coaligados? Porque será cosa gorda.

—Hombre, eso pregúnteselo V. al zaragozano Castillo; porque si triunfamos, la situacion se irá, pero vendrá luego el diluvio, el Antecristo, y la... mar!...

* * *

—Buenos dias *señá* Eduvigis; como está V. hoy de peineta por *tó* lo alto, no quiere usté hablar con nadie.

—Hija, no tengo orgullo; pero no quepo en mí de gozo porque me ha concedido Dios el gusto de ver, al fin de mis dias, en la cabeza de las reales hembras españolas la castiza y pura peineta, que bien pudiera hoy llamarse radical.

—¿Y cuánto le ha costado á V.?

—Media onza; y la he dado con gusto. Aunque ninguna necesidad tenia de ello sino hubiese vendido hace mucho tiempo la que yo tenia de teja y de un magnífico careí. Me acuerdo que la llevaba puesta el dia 1.° de mayo, cuando silbaron á Murat en la puerta del Sol delante de todos sus generales.

—De modo que esa peineta recuerda buenas épocas.

—Sí, hija, como la que se acerca.

* * *

—Oye, Felipe: ¿quién es este que está aquí retratado á caballo, con el brazo estendido y el sombrero en la mano?

—No lo ves, un rey.

—¿Y qué hace?

—Se está despidiendo.

* * *

—¿Cónque ya vienen?

—¿Quiénes vienen, señá Antonia?

—Toma, dos escuadras italianas; una al mando de un señó *Boqui* ó *Brochetti* y otra al de un tal *Mochales*.

—¿Cómo Mochales, señora? Si Mochales es aragonés y escribano. ¿Habia de mandar eso una escuadra?

—O *Monales* ó una cosa así. Hija, estos italianos tienen unos nombres tan enrevesados, que ya.

—Pues señá Rosa, que vengan esos italianos, que ya saben que nuestros marinos no *mojan la pólvora* ni se dejan *pasar por ojo* como ellos en Lissa.

SEGUIDILLAS NACIONALES.

—

A su pureza antigua
vuelve mi España:
ya llevan las señoras
mantilla, galgas
y la peineta,
que recuerda la lucha
de «Independencia.»

—

Todos los caminitos
van á tu casa;
por el que mas te guste.
márchate á Italia;
y mas no pienses
en quedarte en Iberia...
porque están verdes.

—

Llevan las sevillanas
en la mantilla,
un letrero que dice:
«¡Viva Sevilla!»
Y otro letrero
lucen las madrileñas:
«¡Fuera extranjeros!»

—

Va con rumbo á Sicilia
ligera nave,
y en ella el «matrimonio»
que ustedes saben.
El triste marcha;
y ella, para alegrarlo,
le toca un arpa.

—

¡Las peinetas arriba!
¡Que viva el garbo!
Fuera esos sombreritos
que los «gabachos»
nos traen de pega;
que aquellas son recuerdos
de una epopeya.

—

Camino de Saboya,
camino llano,
iba corriendo á escape
cierto italiano:
y su costilla
le iba detrás diciendo:
«¡Toma morcilla!»

¡PETARDOS.

—

¿A cuántos partidos políticos les conviene derribar á este Gobierno?

A los carlistas.
A los alfonsinos.
A los radicales y
A los republicanos.

«Ergo» si para el objeto se unen, hacen perfectisimamente bien,

Luego el que tenga uñas, tocará la guitarra.

—

En la arenga que dirigió el general Izquierdo á las tropas de Manila, despues del fusilamiento de los rebeldes soldados, dice, que han sufrido la pena de muerte par «haber faltado á sus juramentos».

¡Y se quedó tan fresco D. Rafael!

¡Oh! ¡Ah! ¡Uf!

—

¡VIVA EL RUMBO! Quince duros ha dado don Amadeo al cabo que, «esponiendo su vida», detuvo los desbocados caballos de sus carruajes.

Más le hubiera dado... Yo.!

—

El juez de Motril está suspendiendo á todos los alcaldes habidos y por haber.

¡Y no habrá quién le suspenda á él de....

—

La «Novara» aquí viene:
No sé si en ella «irá»,
Ni si será esta Pascua
O la de Navidad.

—

OCHO individuos del ORDEN PUBLICO, corregido, reformado, espurgado y purificado han sido entregados á los tribunales por BORRACHOS, ESCANDALOSOS Y ATROPELLADORES.

Pedir mas, fuera golleria.

—

Leo en un periódico calamar:

«S. M. la reina María Victoria es nacionalmente querida y apreciada por todos los españoles, y el que así lo dude, denuestra, ó no ser caballero, ó haberlo olvidado.»

Acabo de leerlo y me desmayo. El adverbio NACIONALMENTE es capaz de tirar de espaldas al gran equilibrista Blondin.

Conque NACIONALMENTE ¿eh?

Perdonadlos, Señor, que no saben lo que se hacen.

«Y el que así lo dude, demuestra no ser caballero.»

¡Me mató!

—

«La Iberia» asegura que la coalicion no encuentra eco en varias provincias.

¡Qué feliz es «La Iberia» en medio de sus ilusiones!

Respetemos las chocheces de la vejez.

—

«El Diario Español» pide la reforma de la Constitucion, y dice que él y sus amigos se han equivocado.

«Tardi piache, mio caro.»

Sin embargo, aún es tiempo, unionistas. Den Vds. el último golpe y todo viene abajo, hasta Vds. mismos.

—

Dice un periódico que el Sr. Sagasta se presenta candidato en «doce distritos,» y «La Correspondencia» asegura que es solo uno.

Pues si ese distrito es de Madrid, ya puede poner el Sr. Sagasta en escabeche su diputacion.

Conste que hemos apostado las mil botellas de petróleo.

—

De ver los tunos que mandan
en mi pueblo desgraciado,
tengo el corazon mas negro
que el pan que DIÑA Candau.

—

En las Caballerizas Reales se hacen grandes reformas y se aumentan sus carruajes. Es el servicio de palacio que está mejor atendido.

Bueno es tener prevenido todo lo que sirva para hacer viajes: aunque en materia de «marchas» nosotros aconsejaríamos tomar el tren y no usar los carruajes de las Caballerizas.

Así disminuirian las probabilidades de volcar por el camino.

—

El Sr. Montemar ha salido ya para Italia,
¡Qué poca paciencia tiene ese señor!
¡No esperar á sus compañeros de viaje!

—

Dicen que están á punto de llegar á Madrid los dos leones de bronce que han de colocarse en el vestíbulo del Congreso.

¿No temblais, padres de la patria?

A bien que vosotros no entrais por la puerta principal que solo se abre ante cierto personaje y en ciertos dias.

Si le pegaran un bocadito al pasar.

¡Qué lástima no ser uno leon del Congreso!

—

El Sr. Baldrich, capitan general de Castilla la Vieja, está de nuevo en Madrid.

¿Si se proyectará otra nueva batida de «bestias feroches» (vulgo estudiantes)?

Estemos á ver venir.

—

Al anuncio que insertamos en la explosion anterior, cuyo contenido era la busca de un guía perito para acompañar á un extranjero mas allá de la frontera, nos contesta don V. V. V., suscritor de Nava de Ricomalillo (Toledo), ofreciéndose «gratis» á desempeñar este servicio, y prometiendo desempeñarlo á satisfaccion. Lo pondremos en conocimiento del anunciante, y se le avisará cuando se necesite, que será pronto.

—

En unas escavaciones practicadas no há mucho tiempo, en el estrecho de San Bernardino (Grande Occeanía) islas Moluscas, se ha descubierto un sarcófago que no ha sido profanado por aquellos infieles, y cuya lápida, segun la tomamos de un periódico de Moscow, que la estampa, es la siguiente:

†

HIC JACET ASMODEUS I ET ULTIMUS REX MOLUSCORUM.

SONETO.

—

A PACO.

Si destronar pensabas la Borbon,
¿Por qué en cincuenta y seis, su paladin,
Trataste al miliciano de malsin
Y al Congreso apuntastes el cañon?
Si estaba en Alcolea tu atencion,
¿Por qué en sesenta y seis batiste á Prim,
Fusilaste á Espinosa y diste fin
De ventidos sargentos en monton?
Porque jamás á España hiciste bien:
Mandar á todo el mundo fué tu afan,
Y que á tu voluntad dijera «amen;»
Y á tanto tus instintos fieros van,
Que si hoy te hiciera el niño algun desden,
Lo votabas á paso de can-can.

(Solucion á la charada inserta en la explosion anterior.)

Se va un señor de prisa
para sus lares,
por haberse atracado
de CALAMARES.
Y esto es tan cierto,
como que tiene el mozo
un ojo tuerto.

José Rabieles.

CHARADITA.

—

Lector, mi *primera* y *cuarta*
ves al que no se halla enfermo,
mi *segunda* con *tercera*
ves al entrar en un puerto;
y el TODO me tiene ya,
¡ay! cargado hasta los pelos;
gracias que segun afirman,
saldrá de España corriendo.

Un carlista *pour-sang*.

ÚLTIMA HORA.

—

Si he de hablar á V. en plata,
no sé si se marchará,
ó aguantará á palo seco
tan furioso vendabal;
pero de cualquiera modo
á soleta ha de llamar.

AVISOS.

—

Se necesita un *práctico* en la barra del canal CARLO-REPU-FEDE-ALFON, para que lleve á puerto salvamento, un buque que ha de conducir con destino á su desconsolada familia, el cadáver EMBALSAMADO de un jóven extranjero, digno de mejor suerte.

Darán razon en la calle del Nuncio, núm. 100, portería.

Se traspasan unas gradas, un sillon y un dosel, por haber muerto su dueño. Razon en la imprenta del

TRUENO GORDO.

ESPECTÁCULOS.

—

GRAN TEATRO NACIONAL

Turno próximo.

A la hora que se pueda.

1.° La comedia de mágia, en tres actos, titulada *No hay, papá, páseme usted el rio.*

2.° El baile nacional *La Peineta ó Independencia.*

3.° La pieza en un acto, el chistoso sainete *¡Fuera!*

MADRID: IMPRENTA DE RAMON RAMIREZ, *calle de San Márcos*, 32.